



«La conversión, aunque no libra de los problemas y de las desgracias, permite afrontarlos de "modo" diverso. Ante todo, ayuda a prevenir el mal, desactivando algunas de sus amenazas. Y, en todo caso, permite vencer el mal con el bien, si no siempre en el plano de los hechos —que a veces son independientes de nuestra voluntad—, ciertamente en el espiritual. En síntesis: la conversión vence el mal en su raíz, que es el pecado, aunque no siempre puede evitar sus consecuencias..».

Benedicto XVI, Ángelus, 11 de marzo de 2007



Tercer domingo de Cuaresma

23 de marzo de 2025

«Si no se convierten, todos perecerán de la misma manera».



Comentario a los textos orados del Misal

Eucología menor del Tercer domingo de Cuaresma

Por medio de la oración colecta de este tercer domingo de Cuaresma, vuelven a resonar en la Iglesia las palabras de Jesús en el Evangelio que escuchábamos el miércoles de ceniza. Se trata de una especie de catequesis sobre las tres prácticas penitenciales que caracterizan este tiempo de peregrinación hacia la Pascua y que hoy son presentadas en un sentido medicinal. Así lo indica la plegaria de este día: «*aceptas el ayuno, la oración y la limosna como remedio de nuestros pecados*».

Si queremos redescubrir la novedad de estas acciones podemos acudir a la reflexión sobre su sentido medicinal. Por su misericordia y su cercanía para con los enfermos y también para con los pecadores, Jesús ha sido considerado como médico de los cuerpos y de las almas. La mayoría de las veces su cualidad de médico se asocia a su preocupación por los enfermos de todo tipo. Sin embargo, en esta ocasión, al considerar las prácticas penitenciales como remedio contra el pecado, la misión de Cristo como médico se orienta en un sentido más espiritual, aludiendo más a la salvación del alma.

Aquí podemos relacionar la dimensión medicinal de la penitencia cuaresmal con las palabras del prefacio común VIII que nos lleva a la contemplación de Jesús como buen samaritano: «*también hoy, como buen samaritano, se acerca a todo hombre que sufre en su cuerpo o en su espíritu, y cura sus heridas con el aceite del consuelo y con el vino de la esperanza*». Insistimos en la figura de Jesús que nos cura porque sólo desde Él podemos comprender el sentido de los remedios que tenemos a nuestra disposición. Él nos cura, pero también nos enseña a utilizar las medicinas, como lo hace al explicar en el sermón de la montaña, la manera como debemos ayunar, orar y dar limosna.

Volviendo a lo que dice la oración colecta, hay otro elemento que hay que resaltar: las prácticas propias de la Cuaresma son algo que el Señor acepta. Es como si dijera que el remedio para nuestra conversión consiste, no sólo que se realicen en sí mismas como para combatir el pecado, sino sobre todo en la acción de ofrecerlas al Padre. Esta afirmación encuentra su armonización y su coherencia con las palabras de Jesús: «*Tu limosna quedará en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará [...] Ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará. [...] Que tu ayuno sea visto, no por los hombres, sino por tu Padre que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará*» (cf. Mt 6).

¿A quien le dirigimos la oración colecta? Al Dios que reconocemos que es misericordia y bondad, esperando que tenga compasión de nosotros a la hora de aceptar nuestro ayuno, nuestra oración y nuestra limosna. Estas acciones se las presentamos al Padre, pero los curados somos nosotros por tan excelentes remedios. Por otro lado, en definitiva ¿Qué es lo que pedimos en la oración? Que se fije en la humildad y en la pequeñez de nuestros actos, nuestra contrición de corazón (un corazón contrito y humillado no lo desprecias), y que, así como levantó a Cristo de entre los muertos con su resurrección, nos levante a nosotros con su misericordia y podamos pasar de la muerte a la vida en las próximas festividades pascuales.

Comentario a los textos bíblicos del Leccionario¹

Primera lectura: Éxodo 3, 1-8a. 13-15.

«Yo soy» me envía a ustedes»

La presente perícopa señala una de las cimas de más densidad teológica que jalonan la historia de la salvación. La integran tres elementos principales:

1. En la teofanía, que tiene lugar en el monte Sinaí, lo más importante es el encuentro de Moisés con Dios. La zarza ardiendo y demás elementos que escenifican la presencia divina son secundarios. La misión de los grandes guías del pueblo elegido tiene casi siempre en su punto de arranque una visión de la Divinidad que les da garantía y fortaleza: Isaías, Jeremías, Ezequiel, Pablo... No se puede hablar y guiar a los demás en nombre de Dios sin haberlo experimentado antes personalmente.
2. A la vista de la aflicción de su pueblo, Dios se resuelve a liberarlo de la esclavitud. El instrumento de esta gesta va a ser Moisés. Entre todas las intervenciones salvíficas en favor de Israel, como un acontecimiento que ocupa lugar aparte, está la del Éxodo. El Éxodo marca el nacimiento de Israel y de él depende toda su vida posterior.
3. Difícilmente podemos comprender nosotros lo que significaba para un semita el nombre. Según la concepción semita, el nombre de una realidad, de una persona, se confunde con la realidad, con la persona misma. El nombre no es algo aproximativo, convencional, externo, sino la cosa misma o la persona que se hace presente, actual y operante con sólo nombrarla. De ahí la importancia de conocer el nombre de Dios: ello significaba conocer ser, poseer la clave de su persona y, en cierto modo, disponer de su poder. El nombre de Yahvéh es una forma arcaica del verbo «Ser hebreo». Pero se trata de un «ser» activo y dinámico. Yahvéh es el que interviene en favor de Israel. Las intervenciones salvíficas culminarán en la plenitud de los tiempos en la suprema intervención: Jesús de Nazaret. «Jesús» (= YESHUA) significa precisamente eso: Dios salva.

Salmo responsorial 102

«El Señor es compasivo y misericordioso».

Dios conoce nuestra esclavitud, como conoció la opresión de Israel oprimido por el Faraón: Dios contempla nuestras insatisfacciones, nuestros deseos no realizados de vida y de felicidad, como miró la miseria de Israel. Y en las solemnidades pascuales, «bajará para librarnos de las manos de los egipcios»: de todas nuestras esclavitudes y darnos una «tierra fértil y espaciosa, una tierra

¹ SECRETARIADO NACIONAL DE LITURGIA DE ESPAÑA, *Comentarios al Leccionario Dominical*, vol. III: Ciclo C, Barcelona 1983, 89-93.

que mana leche y miel»: aquella vida plena, feliz, inmortal, que inaugura Jesucristo en su resurrección. El Sal 102, que es un canto de acción de gracias por los favores divinos, es nuestra respuesta a la promesa de libertad y de vida.

Segunda lectura: 1ª Corintios 10,1-6.10-12.

«La vida del pueblo con Moisés en el desierto se escribió para escarmiento nuestro».

Este texto de Pablo sirve de puente doctrinal entre la 1ª lectura y el Evangelio. En aquella se describe la revelación del Sinaí y el designio divino de llevar a Israel por el desierto a su liberación. El texto evangélico promulga la necesidad de la conversión interior. Entre estos dos textos, Pablo explica cómo las infidelidades de los israelitas en el desierto son un motivo de escarmiento para los cristianos, para que no sean como ellos: prevaricadores y duros a las exigencias de fidelidad del Señor.

Lo sustancial del escarmiento que trae el recuerdo del Éxodo y la infidelidad de los israelitas en el Desierto es que no puede el cristiano fiarse de su condición, como si ello bastara para la salvación, sin esforzarse continuamente en llevar una vida que concuerde con la experiencia de la religión profesada. En efecto, también los israelitas fueron un pueblo escogido y enriquecido por muchas intervenciones extraordinarias de Dios, y, a pesar de ello, fueron prevaricadores.

Evangelio: Lucas 13, 1-9.

«Si no se convierten, todos perecerán de la misma manera»

Es normal, hoy y lo era, sobre todo, en el mundo de los contemporáneos de Jesús la unión entre pecado y castigo (Jn 9). La muerte de los galileos, gente piadosa, cuando sacrificaban en el templo, planteó un problema. Es muy humano polarizar el mal y el pecado en los otros, buscando la justificación de la propia vida. Jesús universaliza: Todos somos pecadores y necesitamos penitencia. Los hombres que en el mundo sufren son signos y efectos también de nuestro pecado.

En cada dolor del hombre se refleja nuestro mal. ¿Por qué el sufrimiento y el dolor del justo? Es algo que siempre queda, también para nosotros, entre interrogantes. A la luz de la cruz el dolor se soporta; pero no se explica. La parábola de la higuera es más un grito que un aviso. El problema no es el porqué de nuestro castigo, sino el porqué de seguir viviendo y ocupando un lugar en la viña del Señor. Sólo hay una respuesta: el amor del jardinero, la paciencia amorosa del Padre. La higuera es un símbolo del Pueblo de Israel (Os 9,10; Miq 7,1 Jer 8,13); pero es también un aviso para nosotros que formamos parte del Nuevo Israel.

Comentario homilético²

Sentido de la primera lectura de los domingos de Cuaresma

Tercer domingo de Cuaresma

La iniciativa de "Yo-soy" coloca al pueblo en camino de libertad; Moisés es el mediador de esta iniciativa y el que conducirá al pueblo en el camino del Éxodo. Moisés es interpelado por Dios mientras camina por el desierto, guiando el rebaño. Desde entonces no conducirá el rebaño de su suegro, sino al pueblo que el Señor ha llamado para cumplir las promesas hechas a Abrahán, conduciéndolo hasta las puertas de la tierra prometida. Pero la tierra prometida es don de Dios, y a la vez conquista.

El salmo responsorial canta la misericordia y la fidelidad de Dios hacia su pueblo, recordando que "enseñó sus caminos a Moisés". Pero el pueblo, en el camino del Exodo, desoyó con frecuencia la voz del Señor, y la gran mayoría no fueron agradables a Dios ya que quedaron tendidos por el desierto. La segunda lectura es el comentario y el aviso para los cristianos, en la perspectiva tipológica, del camino del Éxodo. Este aviso es remarcable para la Cuaresma: no basta con "hablar de ella", sino que hay que "realizarla". La semana que empieza con este domingo señala la mitad del camino de los cuarenta días y es un buen momento para hacer balance.

Los cristianos, en efecto, seguimos y hemos sido bautizados en Alguien que es más que Moisés; en Jesucristo, al cual estamos unidos. Él ha iniciado el camino de la fe y lo ha llevado a su consumación, pues a través del sufrimiento de la cruz ha llegado a sentarse en el trono de Dios (cf. Hebreos 12,2). Su camino no ha quedado frustrado como el de Moisés, y el rebaño que apacienta tiene asegurada la misericordia y la fidelidad, pues perdona las culpas y cura de toda enfermedad. Si Moisés fue el mediador de Dios para llevar al pueblo hacia la libertad, Jesús es el mediador entre Dios y los hombres para establecer una alianza nueva y eterna, y conducir a su Pueblo-Cuerpo a la gloria del Padre.

² P. TENA, *El leccionario de Lucas. Guía homilética para el ciclo C*, Barcelona: CPL 1992, 42-43,

Tercer domingo de Cuaresma

23 de marzo de 2025

«Si no se convierten, todos perecerán de la misma manera».



Moniciones

Entrada

Queridos hermanos y hermanas: Este año de gracia es el tiempo favorable que el Señor nos concede para asumir en nuestra vida el llamado a la conversión, especialmente mientras nos preparamos a las fiestas pascuales. En este tercer domingo de cuaresma contemplemos al Dios misericordioso que está esperando que nos dejemos transformar por su amor y que demos frutos de santidad. Participemos con fe en esta celebración dominical.

Liturgia de la Palabra

Escuchar la Palabra de Dios es el primer paso para emprender el camino de la conversión de nuestro corazón. Que esta palabra nos alegre al escuchar las maravillas del Señor y al mismo tiempo nos haga reflexionar para volver a Dios y dar fruto en nuestra vida.

Presentación de los dones

Así como le presentamos al Señor el pan y el vino, fruto de la tierra y de nuestro trabajo, también debemos presentar los frutos espirituales que vamos dando en este camino cuaresmal, frutos de una auténtica renovación de nuestra vida de discípulos de Cristo.

Comunión

Sólo unidos a Cristo podremos dar los frutos de conversión que se nos piden en este tiempo de Cuaresma. Demos infinitas gracias al Padre por el regalo de la comunión eucarística que nos permite habitar en Cristo para que Él habite en nosotros.

Tercer domingo de Cuaresma

23 de marzo de 2025

«Si no se convierten, todos perecerán de la misma manera».



Oración universal

Oremos al Señor, nuestro Dios. Él es compasivo y misericordioso y espera que reorientemos nuestro corazón hacia su amor. Con este pensamiento, oremos por toda la humanidad diciendo juntos:

R/. Señor, ten compasión de nosotros

- † Oremos por el Pueblo de Dios que peregrina en la Cuaresma hacia la Pascua, para que sepa responder a su vocación de perseverar en la comunión y de asumir la sinodalidad para ser signo de unidad.
- † Oremos por nuestro obispo, monseñor Héctor Cubillos en el aniversario de su ordenación episcopal para que el Señor lo siga sosteniendo en su ministerio pastoral.
- † Oremos por todos los llamados, como Moisés, a ejercer cargos de responsabilidad al servicio de los demás: para que cumplan su gestión con la mayor generosidad de ánimo.
- † Oremos por aquellos que sufren la injusticia y la inclemencia de la guerra y por quienes ven vulnerados sus derechos más fundamentales, para que su clamor de paz sea escuchado.
- † Oremos por la defensa de la familia y de la vida en esta semana de reflexión en nuestra Iglesia colombiana, para que seamos testigos valientes que anunciamos el valor de la vida como don de Dios.
- † Oremos por nosotros para que comprendamos los signos de Dios y no endurezcamos nuestro corazón, sino que nos abramos a la obra del Señor, muriendo al pecado y resucitando a una nueva vida.

**Padre amoroso, ten paciencia con nosotros,
perdona nuestras culpas,
escucha nuestras súplicas.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.**